

hasta trepar encima de la barricada con el peso de una viga de bronce sobre una pared.

La pared sin embargo se mantuvo firme.

Los insurrectos hicieron fuego con la mayor energía. La barrera así escalada ofreció el espectáculo de una melena de relámpagos. El asalto fué tan impetuoso, que durante un momento se vió inundada de acometedores; pero en pocos instantes sacudió ella los soldados, á la manera que el leon sacude los perros, y no se cubrió de invasores sino como el derrumbadero de espumas, para reaparecer á los pocos instantes escarpada, negra y formidable.

Forzada á replegarse, la columna permaneció apelotonada en la calle, al descubierto, pero terrible, y replicó á los fuegos del reducto con espantosas descargas de mosquetería. Todo el que ha visto fuegos artificiales recuerda esa grande gavilla ó manga de rayos que se forma por el cruzamiento de cohetes al cual dan el nombre de ramillete. Pues bien, figúrense este ramillete, no ya vertical sino horizontal, llevando una bala, una vizecina ó unas pocas en la extremidad de cada uno de sus chorros de fuego, y desgranando la muerte en sus racimos de truenos. La barricada se hallaba debajo de todo esto.

La resolución era igual por ambas partes. La bravura era allí casi bárbara, y se complicaba con una especie de ferocidad heroica que empezaba por el sacrificio de sí mismo. Era la época en que un guardia nacional se batía como un zuavo. La tropa queria concluir con la insurrección; la insurrección á su vez queria luchar. La aceptación de la agonía en plena juventud y en plena salud hace de la intrepidez un frenesí. Cada cual en aquella contienda tenía el engrandecimiento de la hora suprema. La calle quedó alfombrada de cadáveres.

En uno de los extremos de la barricada se hallaba Enjolras, y en el otro estaba Marius. Enjolras que encerraba

XXI

LOS HÉROES

De improviso hizo oír el tambor el toque de carga.

El ataque fué como un huracan. La noche ántes, en la oscuridad, la barricada habia sido, más bien que cercada, ceñida silenciosamente como por un boa. Ahora ya, en mitad del dia, en aquella calle espaciosa, toda sorpresa era absolutamente imposible; por otra parte, la viva fuerza se habia puesto al descubierto, el cañon habia comenzado el rugido; el ejército se precipitó sobre la barricada. La furia era ahora habilidad. Una vigorosa columna de infantería de línea, cortada en intervalos iguales de guardia nacional y de guardia municipal á pié, y apoyada en masas enormes que se oían sin verlas, desembocó en la calle á paso de carga, tambor batiente y clarín sonante, bayoneta calada, zapadores al frente, é, imperturbable bajo una lluvia de proyectiles, llegó derecho

toda la barricada en su cabeza, se reservaba y se guarecía; tres soldados cayeron uno en pos de otro bajo su almena sin haberlo él notado siquiera; Marius combatía á cuerpo descubierto, haciéndose blanco de los tiros enemigos, para lo cual salía de la cima del reducto más que á medio cuerpo. No hay pródigo más violento que un avaro desfrenado: no hay hombre más tremendo y espantoso en la acción que un soñador. Marius estaba pensativo y formidable. Hallábase en la batalla como sumergido en un sueño profundo. Diríase que era un sonámbulo, ó una fantasma disparando tiros.

Los cartuchos de los sitiados se agotaban; pero no sus sarcasmos. En aquel torbellino sepulcral en medio del cual se hallaban, reían sin cesar.

Courfeyrac estaba con la cabeza descubierta.

— ¿Qué has hecho de tu sombrero? le preguntó Bossuet.

Courfeyrac respondió:

— Se han empeñado en quitármelo á cañonazos.

Ó bien prorumpían en algunas frases llenas de altivez, de arrogancia y de desden.

— ¿Es posible comprender á tales hombres, exclamaba amargamente Feuilly — (y citaba varios nombres propios, nombres conocidos, y aún célebres, algunos de ellos del antiguo ejército) — que habían prometido unirse á nosotros, prestando juramento de ayudarnos, y comprometiéndose á ello bajo palabra de honor, que se decían nuestros generales, y que nos abandonan!

Y Combeferre se limitaba á responder con una grave sonrisa:

— Hay ciertas gentes que observan las reglas del honor como se observan los astros, de muy lejos.

El interior de la barricada estaba de tal manera sembrado de cartuchos rotos, que parecía haber caído allí una nevada.

Los acometedores tenían á su favor el número; y los insurrectos tenían la posición. Estos se hallaban encaramados sobre lo alto de una muralla, desde donde disparaban á quema ropa contra los soldados, quienes tropezaban en los muertos y en los heridos y se hallaban embarazados en sus movimientos por la escarpa. Construida como lo estaba, y admirablemente apuntalada, aquella barricada era en verdad una de esas estancias donde un puñado de hombres puede tener en respeto á toda una legión. Sin embargo, reclutada sin cesar y engrosando siempre bajo la lluvia de balas, la columna de ataque se iba acercando inexorablemente, y ahora ya, poco á poco, paso á paso, pero con certidumbre, iba estrechando el ejército la barricada, como el tornillo estrecha la prensa.

Los asaltos se sucedían, y el horror aumentaba cada vez más.

Entonces estalló sobre aquel montón de piedras, en aquella calle de la Chanvrière, una lucha digna de una muralla de Troya. Aquellos hombres, lividos, haraposos, fatigados, rendidos, que no habían comido nada hacía ya veinticuatro horas, que no habían dormido tampoco, que no tenían ya sino algunos tiros que disparar, que tentaban sus bolsillos vacíos de cartuchos, casi todos ellos heridos, con la cabeza ó con un brazo vendados en un trapo de lienzo retorcido y negruzco, que tenían en sus levitas agujeros por donde corría la sangre, armados apenas de malos fusiles y de sables viejos y mellados, se convirtieron en Titanes. La barricada fué diez veces abordada, embestida, escalada, y nunca tomada.

Para formarse cabal idea de aquella lucha, sería menester figurarse que se pone fuego á un montón de bravuras terribles, y que se está mirando el incendio. Aquello no era un combate, era el interior de una hornaza; allí las bocas

respiraban llamas; los semblantes ofrecían un aspecto extraordinario. La forma humana parecía imposible, los combatientes relucían y brillaban con su propio fuego, y era formidable el ver cómo iban y venían al través de la humareda enrojecida aquellas salamandras de la lid. Renunciaremos á pintar ó describir las numerosas escenas, sucesivas y simultáneas, de aquella carnicería grandiosa. Sólo la epopeya tiene derecho á llenar doce mil versos con una batalla.

Diríase que era aquel infierno del brahmanismo, el más formidable de los diez y siete abismos, que el Veda llama el Bosque de las Espadas.

Batíanse cuerpo á cuerpo, á brazo partido, disputándose á pulgadas el terreno, á pistoletazos, á estocadas, á puñadas, de lejos, de cerca, desde arriba, desde abajo, en todas direcciones, desde los tejados de la casa, desde las ventanas de la taberna, desde los respiradores de las cuevas, donde algunos habían descendido. Eran ellos uno contra sesenta. La fachada de Corinto, medio demolida, estaba horrible. La ventana, rudamente combatida por la metralla, había perdido las vidrieras y los marcos, y no era ya sino un agujero informe, tumultuosamente tapado con adoquines. Bossuet fué muerto; Feully fué muerto; Courfeyrac fué muerto; Joly fué muerto; Combeferre, atravesado de tres bayonetazos en el pecho, en el momento mismo en que él levantaba del suelo á un soldado herido, no tuvo tiempo sino para mirar al cielo, y espiró.

Marius, siempre combatiendo, estaba tan acribillado de heridas, particularmente en la cabeza, que su cara desaparecía entre la sangre, pareciendo como que tenía el rostro cubierto con un pañuelo encarnado.

Sólo Enjolras no había recibido herida ninguna. Cuando ya no tenía arma, alargaba la mano, á derecha ó á izquierda, y un insurrecto le hacía empuñar un arma cual-

quiera. De cuatro espadas, ya no le quedaba sino un pedazo de la última; una más que Francisco I en Mariñan.

Homero dice: « Diomédes degüella á Axilo, hijo de Teuthranis que habitaba la feliz Arisba; Euryalo, hijo de Mecisteo, extermina á Dresos y á Opheltios, á Esepo, y á aquel Pedaso que la náyade Abarbarea concibió del irreprochable Boucolion; Ulyses derroca á Pidyto de Percono; Antiloquo, á Ablero; Polypætes, á Astyalo; Polidamas, á Otos de Cyllene; y Téucer, á Aretaon. Meganthios muere bajo los golpes que con la pica le dirige Euripylo. Agamemnon, rey de los héroes, derriba en tierra á Elátos, nacido en la escarpada ciudad que baña el sonoro rio Satnois. » En nuestros antiguos poemas de hazañas, Esplandian ataca con una *bisaigné* de fuego al marqués gigante Swantibore, el cual se defiende apedreando al caballero con torres que él arranca del suelo. Nuestros antiguos frescos murales nos representan á los dos duques de Bretaña y de Borbon, armados, con sus escudos, tímbrs y blasones de guerra, á caballo, y abor-dándose, empuñando cada cual su hacha de armas, puesta la máscara de hierro, con botas de hierro también, guantes del mismo metal, cubierto el uno de armiño, y envuelto el otro en azul celeste; Bretaña con su leon entre las dos astas de la corona, Borbon llevando por casco una monstruosa flor de lis con visera. Pero para mostrarse valeroso y arrogante, no hay necesidad de llevar, como Yvon, el morion ducal, ni ostentar empuñada, como Esplandian, una llama viva, ó como Phyles, padre de Polydamas, haber traído de Ephyra una buena armadura, presente del rey de los hombres, Eupheto; basta con dar su vida por una convicción, ó por un acto de lealtad. Aquel pobre soldado, cándido y sencillo, que ayer era un simple labriego en la Beauce ó en el Limousin, y que hoy va rondando, con su chafarote al costado, al rededor de las niñe-

ras del Luxemburgo, y aquel otro joven y pálido estudiante inclinado sobre un libro ó sobre una pieza de anatomía, blondo adolescente que se hace la barba con unas tijeras, tomadlos á los dos, infundidles en un soplo la inspiración del deber, colocadlos uno frente á otro en las cuatro esquinas de Boucherat ó en el callejon sin salida de Planche-Mibray, y que el uno combata por su bandera y que luche el otro por su ideal, y que ambos se imaginen que pelean por la patria; y veréis que la liza será colosal; y la sombra que proyectarán, en ese gran campo épico en el cual se agita sin cesar la humanidad, aquel pipiolo y aquel lancetero lidiando, igualará á la sombra que lanza Megaryon, rey de la Lycia poblada de tigres, comprimiendo cuerpo á cuerpo entre sus brazos al inmenso Ajax, igual á los dioses.

XXII

PALMO Á PALMO

Cuando ya no hubo más jefes vivos que Enjolras y Marius en los dos extremos de la barricada, el centro, que habian sostenido durante tanto tiempo Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre, cedió al fin. Sin abrir brecha practicable. el cañon habia cercenado con bastante amplitud el medio del reducto; en aquel punto, la cima del muro habia desaparecido completamente á impulsos de las numerosas balas de cañon que vinieron á estrellarse allí, y se habia derrumbado y desplomado. Los escombros y piedras que habian rodado, tanto en el interior como en el exterior, habian concluido por formar, amontonándose en los dos lados de la barrera, dos especies de escarpas ó declives, uno hácia dentro y el otro hácia fuera. El declive exterior ofrecia un plano inclinado al abordaje.

Un supremo asalto fué intentado al fin, y este asalto tuvo ya un éxito completo. La masa erizada de bayonetas y lanzada al paso gimnástico llegó irresistible, y el espeso frente de batalla de la columna de ataque apareció compacto entre la humareda en lo alto de la escarpa. Esta vez era asunto concluido. El grupo de insurrectos que defendía el centro se vió obligado á retroceder en la mayor confusion.

Entónces despertó en algunos de ellos el sombrío amor á la vida. Viéndose blanco de todo aquel bosque de fusiles, muchos no quisieron ya morir. Es este un momento crítico en que el instinto de conservacion tiende á predominar, grita y aulla en el interior, haciendo que el animal reaparezca en el hombre. Hallábanse arrinconados contra la alta casa de seis pisos que formaba el fondo del reducto. Aquella casa podia ser su salvacion. Aquella casa estaba fortificada, atrincherada y como murada de arriba abajo. Antes que la tropa de línea se hallase en el interior del reducto, bien habia tiempo para que una puerta se abriera y se cerrara; para esto bastaba la duracion de un relámpago, y la puerta de aquella casa, entreabierta bruscamente y vuelta á cerrar en seguida, era indudablemente la vida para aquellos desesperados. Detras de aquella casa, habia calles, libre espacio, la fuga, la escapada posible. Empezaron á dar golpes contra aquella puerta, patadas, culatazos; llamando, gritando, y cruzando las manos en ademan de súplica. Pero nadie abrió. Desde el ventanillo del tercer piso, sólo la cabeza muerta les estaba mirando.

Pero Enjolras y Marius, y siete ú ocho más que los rodeaban, se habian precipitado á aquel sitio y los protegian. Enjolras habia gritado á los soldados: ¡No avancéis! Un oficial no quiso obedecer: Enjolras mató inmediatamente á este oficial. Hallábase á la sazón en el

reducido patio interior que formaba el reducto, respaldado en la casa de Corinto, empuñando en una mano la espada y en la otra la carabina, y teniendo abierta la puerta de la taberna cuya entrada impedia él á los invasores. Entónces gritó á los desesperados: — No hay más que una puerta abierta: esta. Y cubriéndolos y escudándolos con su propio cuerpo, haciendo frente él solo á un batallon, los hizo pasar detras de él. Todos se precipitaron por la puerta de la taberna. Enjolras, ejecutando con su carabina, de la cual se servia ahora ya como de un baston, lo que los jugadores de palo llaman la rosa cubierta, rechazó y derribó en tierra todas las bayonetas que tenia frente á si y que le cercaban acosándole, y entró él el último; este momento fué horrible, obstinándose los soldados en penetrar por la puerta, y los insurrectos en cerrarla á toda prisa. La puerta quedó por fin cerrada, con tal violencia, que al encajar en el marco, dejó ver cortados y pegados en el dintel los cinco dedos de un soldado que se habia suspendido de ella al cerrar.

Marius habia quedado fuera. Una bala acababa de romperle la clavícula; sintió que se desmayaba y que iba á caer en tierra. En este momento, cuando ya tenia cerrados los ojos, experimentó la ruda conmocion de una mano vigorosa que le asia, y su desvanecimiento, en el cual quedó abismado y sin sentido, le dejó apenas tiempo para formularse este lúgubre pensamiento mezclado con el supremo recuerdo de Coseta: — Me cogen prisionero. Sére fusilado.

Enjolras, no hallando á Marius entre los que se refugiaron en la taberna, tuvo la misma idea. Pero ya estaban ellos en ese instante en que cada cual no tiene tiempo sino para pensar en su propia muerte. Enjolras sujetó bien la barra de la puerta, poniéndola todas las aldabas, echó la llave, con doble vuelta, haciendo lo

mismo con el candado, mientras que la golpeaban furiosamente por fuera, los soldados á culatazos y los zapadores á hachazos. Los acometedores se hallaban agrupados contra aquella puerta. Ahora empezaba el sitio de la taberna.

Preciso es decir que los soldados estaban enconadísimo.

La muerte del sargento de artillería los había irritado y además, cosa más funesta aún, durante las pocas horas que habían precedido al ataque, se había hecho circular entre ellos el rumor de que los insurrectos mutilaban á los prisioneros y que había en la taberna el cadáver de un soldado sin cabeza. Este género de rumores fatales suelen ser el acompañamiento ordinario de las guerras civiles, habiendo sido un rumor de esta naturaleza el que más adelante produjo la catástrofe de la calle de Transnonain.

Luégo que la puerta estuvo bien fortificada, dijo Enjolras á los suyos :

— Ahora vendamos á caro precio nuestras vidas.

En seguida se acercó á la mesa donde se hallaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Bajo el paño negro distinguíanse dos formas humanas rectas y rígidas, la una grande y la otra pequeña, y los dos rostros se diseñaban vagamente bajo los pliegues frios del sudario. Una mano salía por debajo de este, colgando hácia el suelo. Era la del anciano.

Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que la vispera había besado su frente.

Eran estos los únicos besos que había él dado en su vida.

Abreviemos. La barricada había luchado como una puerta de Tebas; la taberna luchó como una casa de Zaragoza. Tales resistencias son ásperas y terribles.

Nadie da cuartel. No hay parlamentario posible. Todos quieren morir, con tal que mueran matando. Cuando Suchet dijo : — Capitulad, — Palafox respondió : « Después de la guerra á cañonazos, la guerra á cuchilladas. » Nada de esto faltó á la toma por asalto de la taberna Hucheloup : ni las piedras lloviendo desde la ventana y desde el tejado sobre los sitiadores y exasperando á los soldados á quienes aquellas aplastaban horriblemente, ni los tiros disparados desde las cuevas y desde las boardillas, ni el furor del ataque, ni la rabia de la defensa, ni finalmente, cuando la puerta cedió, las frenéticas demencias del exterminio. Al precipitarse dentro de la taberna los invasores, enredándose los pies entre las hojas de la puerta, derribadas en tierra y hechas mil pedazos, no encontraron allí ni un solo combatiente. La escalera en espiral, cortada á hachazos, yacía en el suelo, en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de espirar, y todo lo que aún conservaba vida se había refugiado en el primer piso, y desde allí, por el agujero que la escalera había dejado abierto en el techo, estalló de nuevo un fuego nutrido y aterrador. Eran ya los últimos cartuchos. Cuando fueron quemados también, cuando aquellos agonizantes formidables carecieron enteramente de pólvora y de balas, cada uno de ellos cogió un par de botellas de las que había reservado Enjolras y de las que acabamos de hacer mención, y se opusieron á la escalada con aquellas mazas espantosamente frágiles. Eran botellas de agua fuerte. Nosotros referimos aquí tales cuales son todas estas cosas sombrías de la matanza en lides populares. ¡Oh! ¡el sitiado hace arma de todo! El famoso fuego griego no deshonró á Arquímedes, como la pez hirviendo tampoco deshonró á Bayardo. La guerra es toda ella espanto y horror; sin que haya nada donde escoger. La mosquetería de los sitiadores, bien

que bastante mortificada y en la direccion de abajo arriba, era sin embargo mortífera. El borde del agujero del techo se vió bien pronto rodeado de cabezas muertas, de las cuales chorreaban largos hilos rojos y humeantes. El estrépito era indecible; una espesa y ardiente humareda, encerrada entre aquellas cuatro paredes, hacía casi noche en el teatro del combate. Faltan palabras con que expresar el horror llegado á tal extremo. Ya no eran hombres los que lidiaban en aquella lucha infernal. No eran tampoco gigantes contra colosos. Aquello se asemejaba más bien á las escenas de Milton y de Dante que á las de Homero. Demonios atacaban, espectros resistían.

Era el heroísmo monstruo

XXIII

ORÉSTES EN AYUNAS Y PILADES EBRIO

Por último, encaramándose unos sobre otros, ayudándose tambien del esqueleto de la escalera, trepando por las paredes, agarrándose al techo, acuchillando, en el borde mismo de la trampa ó abertura de la escalera, á los últimos que allí oponían resistencia, unos veinte sitiadores, soldados, guardias nacionales, guardias municipales, todos mezclados y en la mayor confusion, la mayor parte de ellos desfigurados por las heridas que habían recibido en la cara al emprender aquella tremenda ascension, cegados por la sangre, furiosos, casi salvajes, hicieron irrupcion en la sala del primer piso. Ya no había allí de pié sino un solo hombre, Enjolras. Sin cartuchos, sin espada, sólo le quedaba en la mano el cañon de su carabina cuya culata había él hecho pedazos en la cabeza de los que entraban. Había puesto el billar

entre los acometedores y él; habíase él retirado á un rincón de la sala, y allí, con la mirada arrogante, la cabeza erguida, y aquel resto de arma vigorosamente empuñado, se hacía aún respetar lo suficiente para que se formase el vacío en derredor suyo. Entónces se hizo oír este ruido:

— Es el jefe. Él es quien mató al artillero. Puesto que él mismo se ha colocado ahí, está bien: que permanezca en ese sitio, y ahí le fusilaremos.

— Fusiladme, dijo Enjolras.

Y arrojando al suelo el trozo de su carabina, cruzóse de brazos y presentó el pecho á sus enemigos.

La audacia del que sabe morir bien es un espectáculo que conmueve siempre á los hombres. Desde el momento en que Enjolras cruzó los brazos, aceptando con valor el fin de su existencia, el zumbido de la lucha cesó al punto en la sala, apaciguándose súbitamente aquel caos en una especie de solemnidad sepulcral. Parecía que la majestad amenazadora de Enjolras desarmado é inmóvil pesase sobre aquel tumulto, y que, sólo por la autoridad de su mirada tranquila, aquel jóven, el único que no habia recibido ni una herida, ensangrentado sin embargo, arrogante, magnífico, indiferente como un invulnerable, obligaba á aquella turba siniestra á matarle con respeto. Su hermosura, aumentada en este momento por su actitud noble y altiva, era un verdadero esplendor; y como si tuviera el privilegio de no estar cansado siquiera, despúes de disfrutar ya el de no estar herido, á pesar de las veinticuatro horas espantosas que acababan de transcurrir para él, su color era encarnado y rosado. Tal vez era de él de quien dijo despues un testigo ante el consejo de guerra: « Habia un insurrecto á quien oí que le llamaban Apolo. » Un guardia nacional que apuntaba ya á Enjolras bajó su arma diciendo: « Me parece que voy á fusilar una flor. »

Doce hombres formaron un peloton en el rincón opuesto á Enjolras y aprestaron sus fusiles en silencio:

— En seguida gritó un sargento: — ¡Apunten!

Á este tiempo intervino un oficial:

— Esperad.

Y dirigiéndose á Enjolras, le dijo:

— ¿Quiere usted que le venden los ojos?

— No.

— ¿Es verdad que fué usted quien mató al sargento de artillería?

— Sí.

Pocos momentos ántes habia despertado Grantaire.

Segun recordará el lector, Grantaire estaba durmiendo desde la vispera en la sala alta de la taberna, sentado en una silla y recostado sobre una mesa.

Realizaba, en toda su energía, la conocida metáfora francesa del difunto de taberna (*ivre-mort*). El horrible brebaje de ajeno, stout y alcohol le habia sumido en profundo letargo. Como su mesa era pequeña, y no podia servir en la barricada, se la habian dejado. Guardaba siempre la misma posicion, el pecho inclinado sobre la mesa, la cabeza apoyada de plano en los brazos, rodeado de vasos, de jarros y de botellas. Dormia con ese sueño pesado y abrumador del oso entorpecido y de la sanguiuela repleta. Nada le habia alterado ni conmovido; ni las descargas de fusilería, ni los cañonazos con bala, ni la metralla, que penetraba por la ventana dentro de la sala donde él se hallaba, ni el estrépito prodigioso del asalto. Sólo que á veces solia responder al cañon con un ronquido. Diríase que esperaba allí que una bala viniera á ahorrarle el trabajo de despertar. Varios cadáveres yacian en derredor suyo; y al primer golpe de vista, nada le diferenciaba de aquellos profundos durmientes de la muerte. El ruido no despierta á un borracho; el silencio si le

despierta. Esta singularidad ha sido observada más de una vez. La caída y el desmoronamiento de todo en derredor de él aumentaban la postración de Grantaire: el hundimiento le mecía. — La especie de tregua que hizo el tumulto en presencia de Enjolras, fué un sacudimiento para aquel sueño pesado. Es el efecto de un carruaje que va galopando y se detiene de repente. Los que van dentro adormitados despiertan al instante. Grantaire se levantó sobresaltado y extendió los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó, y comprendió.

La embriaguez que acaba se asemeja á una cortina que se rasga. Se ve al instante, en conjunto y de una sola mirada, todo cuanto ella ocultaba tras sí. Todo se representaba de súbito á la memoria; y el borracho, que nada sabe de cuanto ha pasado durante las veinticuatro horas últimas, no ha acabado de abrir los párpados, cuando ya está hecho cargo de todo. Las ideas se le agolpan con una lucidez brusca; la nube de la embriaguez, especie de vaho que empañaba y cegaba su cerebro, se disipa, y cede el puesto á la clara y neta obsesión de las realidades.

Relegado cual se hallaba en un rincón y como eclipsado detras del billar, los soldados; cuyas miradas se fijaron desde luego en Enjolras, no habian visto siquiera á Grantaire; y ya el sargento se preparaba á repetir la voz de mando: ¡Apunten! cuando de repente oyeron gritar fuertemente junto á ellos:

— ¡Viva la república! Yo soy uno tambien...

Era Grantaire que se habia levantado.

El inmenso resplandor de todo el combate al cual habia él faltado, no habiendo figurado en él para nada, apareció visible en la esplendente mirada del borracho transfigurado.

Volvió éste á gritar segunda vez: ¡Viva la república!

atravesó la sala con paso firme y fué á colocarse frente á los fusiles, de pié, junto á Enjolras,

— Matad á dos á la vez, dijo.

Y, volviéndose hácia Enjolras, con acento cariñoso, le preguntó:

— ¿Lo permites tú?

Enjolras le dió un apretón de manos sonriendo.

Aún no habia acabado esta sonrisa, cuando estalló la detonación.

Atravesado por ocho balas, Enjolras quedó respaldado contra la pared como si los proyectiles le hubiesen clavado allí. Solamente inclinó la cabeza.

Grantaire, fulminado tambien á balazos, cayó muerto á sus piés.

Algunos instantes despues, los soldados desalojaban á los últimos insurrectos que se habian refugiado en las alturas de la casa, cruzando un vivo tiroteo, al traves de un enrejado de madera que habia en el granero, con los rebeldes que vagaban por los tejados. Arrojaban varios cuerpos por las ventanas, algunos de ellos vivos aún. Dos cazadores, que probaban á levantar el ómnibus roto de la barricada, fueron muertos de los disparos de carabina asestados desde las boardillas. Un hombre de blusa fué precipitado desde aquellas alturas, despues de sufrir un bayonetazo en el vientre, y cayó en tierra resoplando con horrible estertor. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por el declive del tejado, sin querer soltar el uno al otro, hasta que cayeron al suelo, abrazados siempre con cruel ferocidad. En la cueva, se representaban escenas de la misma naturaleza. Gritos, fusilazos, horrendo pataleo; y despues, mortal silencio. La herrizada se hallaba enteramente en poder de las tropas.

Los soldados empezaron en seguida á registrar las casas inmediatas y á perseguir á los fugitivos.



XXIV

PRISIONERO

Marius había sido hecho prisionero, en efecto; pero prisionero de Juan Valjean.

La mano que le había sostenido por detras en el momento en que caía, y cuya acción sintió al asirle, era la de Juan Valjean.

Juan Valjean no había tomado otra parte en el combate que la de exponerse á sus peligros. Sin él, en, aquella suprema fase de la agonía, nadie habría pensado en los heridos. Gracias á él, que se hallaba presente en todas partes en medio de aquella horrenda carnicería, como una verdadera providencia, los que caían eran levantados en seguida y transportados á la sala baja, donde sin demora se les hacía la primera cura. En los intervalos, reparaba la barricada; pero sin que partiera de sus manos nada que pudiera asemejarse á un golpe cual-

quiera, á un tiro, á un ataque, ni siquiera á una defensa personal. Callaba y socorria. Por lo demas, apenas le alcanzaron algunos arañazos. Las balas no se habían metido con él para nada. Si el suicidio entraba en el plan que él había soñado al dirigirse á aquel sepulcro, este lúgubre cálculo le salió enteramente fallido. Pero dudamos mucho que hubiese él pensado en el suicidio, acto irreligioso.

En medio del espeso nublado del combate, parecia que Juan Valjean no veía siquiera á Marius; pero el hecho es que no le perdía nunca de vista. Cuando una bala derribó á Marius en tierra, Juan Valjean dió un salto con la agilidad de un tigre, cayó sobre él como sobre una presa, y se le llevó.

El torbellino del ataque se hallaba en aquel momento tan violentamente concentrado en Enjolras y en la puerta de la taberna, que nadie vió á Juan Valjean, sosteniendo en sus brazos á Marius desmayado, atravesar el campo desempedrado de la barricada y desaparecer detras de la esquina de la casa de Corinto.

Recordemos que esta esquina formaba una especie de cabo en la calle, preservando de las balas, de la metralla, y tambien de las miradas, algunos piés cuadrados de terreno. Á veces suele haber así en los incendios una pieza que no se quema, y en los mares más embravecidos, al lado de un promontorio, ó en el fondo de una rincónada de escollos, un breve espacio tranquilo. En esta especie de repliegue del trapecio interior de la barricada, fué donde agonizó Eponina.

Allí se detuvo Juan Valjean, dejó caer suavemente en el suelo á Marius, se apoyó de espaldas contra la pared, y dirigió sus miradas en derredor.

La situación era espantosa.

Por aquel momento, tal vez por dos ó tres minutos

solamente, aquel lienzo de pared era un abrigo, pero ¿cómo salir de aquella horrible matanza? Entónces le avino á la memoria la agonía en que se había encontrado. ocho años ántes, en la calle de Polonceau, y de qué manera había logrado escapar; en aquella ocasion le había sido difícil, ahora le era imposible. Tenía frente á sí aquella implacable y sorda casa de seis pisos que no parecía habitada sino por el hombre muerto que estaba siempre de bruces en la ventana; veía á su derecha la barricada bastante baja que cerraba la Petite-Truanderie; saltar por aquel obstáculo le pareció desde luégo cosa fácil, pero es el caso que por encima de la cresta de aquella barrera se distinguía una hilera de puntas de bayonetas. Era la tropa de línea, apostada á la parte allá de aquel parapeto, y puesta en acecho. Era evidente, pues, que atravesar la barricada valía tanto como ir á buscar un nutrido fuego de peloton, y que toda cabeza que se arriesgara á sobresalir del borde superior de aquel muro de adoquines, serviría de blanco á sesenta fusilazos. Á su izquierda tenía el campo del combate. La muerte estaba detras de la esquina de la pared que ahora le protegía.

¿Qué hacer pues?

Sólo un pájaro habría podido salir de aquel apuro.

Y sin embargo, era preciso decidirse al momento, hallar un expediente, adoptar un partido. Á pocos pasos de donde él se hallaba se estaban batiendo; afortunadamente para él, todos se encarnizaban entónces en un solo y único punto, en la puerta de la taberna; pero que un soldado, uno solo, hubiera tenido la idea de dar vuelta á la casa, ó de atacarla de flanco, y era asunto concluido.

Juan Valjean miró la casa de enfrente, miró la barricada que tenía á su lado, y despues miró al suelo, con la

violencia de la extremidad suprema, desatinado, perdido, y como si hubiera querido abrir allí con sus ojos un agujero.

Á fuerza de mirar, se diseñó y adquirió una forma á sus piés, como si la vista tuviera el poder de hacer brotar la cosa que se pide, cierto objeto vagamente perceptible en medio de tal agonía. Á pocos pasos de él, junto á la pequeña barrera tan tremendamente guardada y acechada por la parte de afuera, al traves de unas cuantas piedras que la ocultaban en parte, distinguió una verja de hierro colocada de plano y á nivel con el suelo. Aquella reja, formada de fuertes barras transversales, tenía como unos dos piés cuadrados. El cerco de adoquines que la mantenía firme había sido arrancado, de modo que estaba casi desencajada. Por entre aquellas barras se entreveía una lóbrega abertura, algo semejante al conducto de una chimenea ó al cilindro de una cisterna. Juan Valjean se lanzó en aquel abismo desconocido. Su antigua ciencia de las evasiones le subió al cerebro como una claridad. Echar á un lado las piedras, levantar la verja, cargar á cuestras con Marius inerte como un cuerpo muerto, descender, con aquel peso sobre los riñones, ayudándose de los codos y de las rodillas, en aquella especie de pozo, afortunadamente poco profundo, dejar caer por encima de su cabeza la pesada trampa de hierro sobre la cual rodaron de nuevo las piedras removidas, y tomar pié en una superficie embaldosada, á tres metros bajo el nivel del suelo, todo esto fué ejecutado como lo que se hace en los arrebatos del delirio, con una fuerza de gigante y una rapidez de águila, durando apénas estas operaciones sucesivas el espacio de algunos minutos.

Juan Valjean se encontró, con Marius siempre desmayado, en una especie de largo corredor subterráneo

En aquel sitio, profunda paz, silencio absoluto, noche pavorosa.

La impresion que habia él experimentado ya otra vez, al caer desde la calle en el convento, le avino en aquel instante y se renovó en su mente. Sólo que lo que él conducía ahora no era ya Coseta; era Marius.

Apénas si distinguía él en este momento sobre su cabeza como un vago murmullo, el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

LIBRO SEGUNDO

EL INTESTINO DE LEVIATAN

I

LA TIERRA EMPOBRECIDA POR EL MAR

Paris arroja al agua cada año veinticinco millones de francos. Y esto sin metáfora ni exageracion. ¿Cómo, y de qué manera? de dia y de noche. ¿Con qué objeto? sin objeto ninguno. ¿Con qué idea? sin idea ninguna, sin pensar en ello siquiera. ¿Por qué causa? por nada. ¿Por medio de qué órgano? por medio de su intestino. ¿Cuál es su intestino? sus alcantarillas.

Veinticinco millones es el más moderado de los guarismos aproximativos que suministran las evaluaciones de la ciencia especial.